

## CAPÍTULO IX

(1609 — 1622)

Suceso de Sinaloa. — Establécese el fuerte de Montes Claros. — Sumisión de los sinaloas. — El capitán Hurdaide emprende la conquista de los yaquis. — Primera y segunda expedición del capitán Hurdaide. — Nada consigue en esas dos expediciones. — El indio Lautaro acaudilla á los insurrectos. — Levanta Hurdaide un ejército para combatir á los yaquis. — Combate entre Hurdaide y los yaquis. — El capitán español queda completamente derrotado. — Inexplicable sumisión de los yaquis. — Entregan á su caudillo Lautaro, que es sacrificado por los españoles. — El gobernador de Guadiana pacifica á los xiximes. — Los misioneros jesuitas hacen grandes progresos en la pacificación y conversión de los tepehuanes y taramaues. — Fiestas solemnes en México por la beatificación de san Ignacio de Loyola. — El virey Velasco es promovido á la presidencia del Consejo de Indias. — Es nombrado para sucederle el arzobispo fray García Guerra. — Muerte de fray García Guerra. — Informe dado al rey acerca del desagüe de México. — Entra á gobernar la Audiencia. — Temores de sublevación de los negros. — Sangrienta ejecución de treinta y tres negros en México. — Llega á México el nuevo virey marqués de Guadalcázar. — Ocúpase de la obra del desagüe. — Llega á México el ingeniero holandés Adrián Boot. — Diferencias entre los proyectos de desagüe de Boot y Enrico Martín. — Apruébase el de Enrico Martín. — Terminase el acueducto de Chapultepec. — Insurrección de los tepehuanes. — Sucesos de Yucatán. — Establecimiento del colegio de jesuitas en Mérida. — Sublevación de los indios en Nueva Galicia. — Ataque y defensa de Acaponeta. — Origen del nombre del Nayarit. — Fundación de las villas de Lerma, Guadalcázar y Córdoba. — Incendios y terremotos. — Expedición de Nicolás Cardona á California. — El marino holandés Spilberg apresa un navío de Cardona. — Combate en el puerto de Salagua entre los holandeses y las tropas de Nueva España. — El marqués de Guadalcázar es promovido al vireinato del Perú. — Gobierno de la Audiencia. — Muerte de Felipe III. — Llega á México el nuevo virey marqués de Gelves.

Soldados españoles y misioneros jesuitas proseguían con incansable empeño procurando la pacificación y conversión de las tribus que habitaban en las fronteras del norte y al occidente de la Nueva España. En Sinaloa se construyó durante el gobierno del marqués de Salinas un fuerte que recibió el nombre de Montes Claros, en honra de don Juan de Mendoza y Luna, que había concedido la licencia para construir aquella fortificación; desalentáronse no sólo los pueblos rebeldes que en contorno se encontraban del fuerte, sino hasta los chinipas que habitaban lejos, porque tuvieron ya por imposible arrojar á los españoles y conservar su independencia. Pidieron la paz todas esas tribus, y solicitaron sacerdotes que les instruyeran en la fe católica; no creyó el capitán Hurdaide verdadera aquella sumisión; pero teniendo noticia de que en las tierras ocupadas por esas tribus había aún ricas minas, y no teniendo tampoco motivo que alegar para negar las paces solicitadas, procuró contentar á los naturales de aquellas tierras y firmóles escritura pública y solemne que contenía el compromiso de una alianza y la promesa de enviarles misioneros.

Descargado ya del peso de aquella guerra, pensó Hurdaide emprender la conquista de los yaquis, que resistían tenazmente la dominación española, acaudillados por un indio, que aunque instruido en el cristia-

nismo, no había querido nunca bautizarse, y se llamaba, sin embargo, Juan Lautaro.

Eran los yaquis belicosos y atrevidos, y quizá hubieran causado muchas desgracias á los españoles á no encontrarse divididos, por haber aceptado unos y rechazado otros el bautismo; Lautaro se unió, con motivo de aquella división, á los Ocorioris sublevados contra los españoles y con otro insurrecto de nación zuaque, á quien llamaban el Babilomo.

El capitán Hurdaide formó una expedición de españoles y de indios aliados y salió en busca del enemigo, llegando hasta las riberas del Yaqui; dividiéronse entonces los ánimos de los insurrectos: los unos con Lautaro pretendían continuar en guerra contra los invasores; los otros, persuadidos por un cacique á quien nombran los historiadores Anabaylutey, querían la paz. Prevalció la opinión del cacique al principio, y el capitán español recibió á Anabaylutey, que se presentó ofreciéndole la paz en nombre de los suyos. Convino Hurdaide en aquella alianza, y envió á dos indias cristianas de las que le acompañaban en unión del cacique que se volvía á su campamento. Pero entré tanto que esto había acontecido, Lautaro consiguió exaltar los ánimos, cambiando las resoluciones pacíficas de los indios; les hizo proclamar la guerra, y el cacique á su llegada tuvo que entregar á las indias cristianas que llevaba, y los suble-

vados avanzaron sobre los españoles en son de combate.

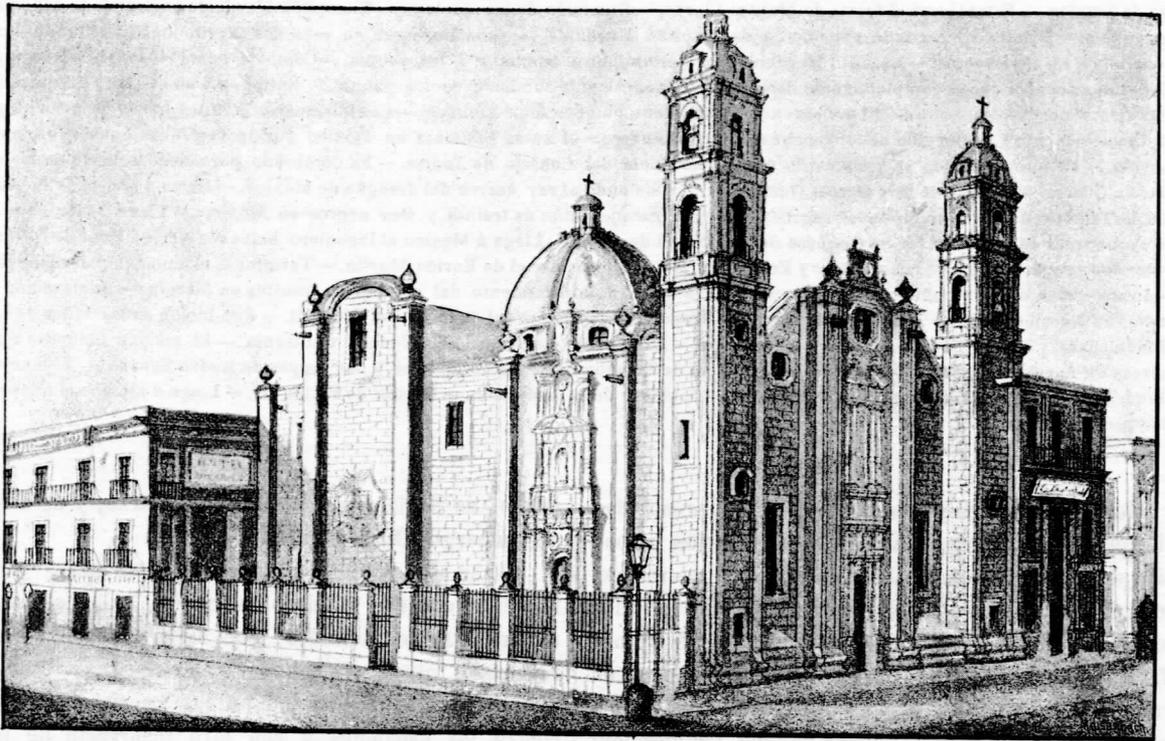
Conoció Hurdaide que no podía resistir aquel empuje y retiróse á su campamento; formó allí mayor ejército, y volvió á las riberas del Yaqui, pero esta vez con más grande desgracia, pues acometido por los yaquis tuvo que retirarse derrotado.

Lautaro no sólo procuraba alentar en los suyos el patriotismo y el valor, sino que les enseñaba cómo debían ponerse á cubierto de los fuegos de fusilería, cómo acometer ó retirarse, y qué lugares eran más á propósito para presentar combate á los españoles ó impedirles la entrada y defenderse de ellos. Hurdaide,

por su parte, había empeñado su amor propio en aquella lucha, y con gran diligencia armó el mayor ejército que hasta entonces se había visto en Sinaloa, compuesto de cuarenta españoles y cuatro mil aliados, y á la cabeza de él avanzó contra los yaquis.

Desde la entrada de la expedición á la tierra enemiga comenzaron los combates, á pesar de que Hurdaide requería de paz á los sublevados. Los yaquis se arrojaban furiosos sobre sus enemigos, y consiguieron apoderarse de una gran parte del bagaje y de algunos caballos y armas de los españoles.

Las tropas de Hurdaide seguían, sin embargo, avanzando, y los yaquis, combatiendo algunas veces y



México.—La Profesa ú Oratorio de San Felipe Neri

otras fingiendo retirarse, empeñaron á sus enemigos hasta un lugar en donde ventajosamente pudieron cargarles; entonces la derrota se declaró en las tropas de Hurdaide; huyeron y se dispersaron los indios aliados, y los pocos españoles que sobrevivían emprendieron con Hurdaide la más difícil y peligrosa retirada. Por fin, á fuerza de astucia y valor lograron llegar Hurdaide y veinte compañeros y unos cien indios hasta el campamento de los suyos, causando grande perturbación en los ánimos de los pobladores españoles y de los aliados en Sinaloa.

Pero ese glorioso triunfo de los yaquis produjo la sumisión de ellos, pues sin explicarse los historiadores el motivo de aquella resolución, los sublevados pidieron la paz, restituyeron las tierras que habían ocupado y entregaron para que fuesen ajusticiados á los dos caudi-

llos de aquella guerra, Lautaro y Babilomo. Aquella paz, celebrada en 25 de abril de 1610, aseguró á los españoles la conquista de toda la provincia.

Casi al mismo tiempo el gobernador de Guadiana en la Nueva Vizcaya, don Francisco Ordoño, consiguió pacificar á la tribu de los xiximes.

Los misioneros de los jesuitas entre los tepehuans y taramares en Chihuahua y Durango ganaban terreno cada día; no faltaron sublevaciones, pero eran de poca importancia, y los misioneros conseguían que los indios salieran de las montañas reuniéndose en poblaciones cristianas. Así se poblaba la Concepción, el Valle de San Pablo, Guanaceví, Indée y algunos otros pueblos ó valles.

Celebróse en México, en tiempo del vireinato de don Luis de Velasco y muy solemnemente, la beati-

ficación de san Ignacio de Loyola, y es notable esa fiesta, porque prueba cuán grandes eran el influjo de los jesuitas y las riquezas de la capital de la colonia: el adorno sólo de la estatua que se colocó en la iglesia de la Profesa se evaluó en 400,000 ducados. Salieron durante varios días carros alegóricos ricamente adornados que recorrían las calles de la ciudad. El costo de los vestidos que se hicieron los vizcaínos que formaban la guardia de la provincia, y eran ciento cincuenta caballeros, ascendió á más de 80,000 pesos. Los carros alegóricos representaban: el primero, la juventud per-

didada; el segundo, la ignorancia; el tercero, la herejía; el cuarto, la gentilidad; el quinto, la Reforma en todos los Estados, simbolizándose con ellos los cinco grandes triunfos de san Ignacio y de la Compañía de Jesús.

El templo de la Profesa fué terminado para celebrar esa fiesta el 31 de julio de 1610. En la plaza Mayor, cerca de las casas de cabildo, se colocó una estatua gigantesca con cuatro cabezas que representaban las de Lutero, Calvino, Zwingle y Melancton sobre las azoteas de la misma casa municipal, colocada entre nubes, apareció la estatua de san Ignacio, que



Fray García Guerra, arzobispo de México

con la diestra lanzó un rayo sobre la estatua de cuatro cabezas que ardió inmediatamente. Dice un historiador que esa ingeniosa invención se debió al corregidor de México, don García de Espinar. El pueblo aplaudió frenéticamente aquella representación <sup>1</sup>.

El 31 de marzo de 1611 llegó á México correo de Veracruz con cartas y cédulas, en las que el rey Felipe III promovía á don Luis de Velasco á la presidencia del Consejo Real de Indias, conservándole toda su autoridad hasta el momento en que se embarcase para España y designando para sucederle en el vireinato á fray García Guerra, arzobispo de México.

Salió de la ciudad Velasco el 10 de junio; fray

García Guerra se retiró á Tacubaya á esperar la noticia del embarque en Veracruz de su antecesor para tomar posesión del vireinato. Llegó esa noticia, y el 19 de junio regresó á México, al convento de Santiago Tlalotelco el arzobispo-virey, y de allí hizo su entrada solemne en la ciudad caballero en un soberbio corcel de guerra bajo un palio cuyas varas llevaban á pié los regidores vestidos con ropas de terciopelo carmesí; acompañaban al arzobispo-virey la real Audiencia, los tribunales, los oficiales reales y los más nobles y ricos vecinos de la capital: llegaron por las calles de Santo Domingo, primero á la Catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*, y después á palacio, en donde el arzobispo tomó posesión de su cargo.

<sup>1</sup> ALEGRE.—*Historia de la Compañía de Jesús*, lib. V.

Fray García Guerra gobernó muy poco tiempo la Nueva España, porque de resultas de un golpe que al bajar de un coche había recibido, murió el 22 de febrero de 1612 después de una penosa enfermedad <sup>1</sup>.

Escasas memorias y sin interés quedaron del pasajero gobierno del arzobispo Guerra; el rey pidió informe de cuánto se había gastado en el desagüe, de cuánto había necesidad de gastar aún y de la utilidad de aquella obra una vez terminada. El arzobispo-virey y el ayuntamiento de México contestaron que la obra ejecutada por Enrico Martín no era suficiente para poner á la ciudad á cubierto de las inundaciones, que se habían gastado 413,324 pesos y que habían trabajado en la obra 1.126,650 peones. Enrico Martín escribió al monarca contrariando tales informes.

Muerto García Guerra entró á gobernar interinamente la audiencia de México; pero, como acontecía siempre en tales casos, comenzaron inmediatamente los temores y sospechas de conjuraciones y levantamientos. Tocóles entonces otra vez su turno á los negros, de quienes se decía que trataban de levantarse; aquel rumor fué creciendo y tomando cuerpo hasta el grado de que los vecinos, alarmados, no se atrevían á salir de sus casas, y una noche, la entrada en la ciudad de una piara de puercos causó tal espanto á la Audiencia y á los habitantes de México, que todos creyeron que había llegado el momento terrible y que los negros cimarrones venían á atacar la capital.

Pasó aquella noche de terror; pero los ánimos no se calmaban y la Audiencia continuaba haciendo diligentes pesquisas para descubrir á los conjurados, ansiosa como siempre de hacer alguna ruidosa y sangrienta ejecución, porque las Audiencias, en todas las veces que gobernaron la Nueva España, se hicieron notables por sus tiránicos y crueles procedimientos.

Por fin, verdadera ó supuesta la conjuración de los negros, llegó á darse por descubierta, y los odores mandaron ajusticiar públicamente en la plaza Mayor de la ciudad y delante de un inmenso concurso, á fines de abril de 1612, á veintinueve negros y cuatro negras que fueron ahorcados y decapitados, colocándose las treinta y tres cabezas en unas picas plantadas en la plaza frente á las casas de cabildo; allí permanecieron aquellos espantosos trofeos hasta que el ayuntamiento de México representó á la Audiencia, por la fetidez que despedían aquellos restos humanos, y por acuerdo de los odores fueron mandados enterrar.

Poco tiempo gobernó la Audiencia, porque el 28 de

octubre de 1612 entró en México el nuevo virey don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, que conservó el cargo hasta principios del año de 1621, en que fué promovido al vireinato del Perú. Los primeros cuidados del marqués de Guadalcázar fueron dedicados al desagüe; los informes del arzobispo García Guerra y del ayuntamiento preocuparon de tal manera al monarca español, que además de la especial recomendación que acerca de este negocio hizo al nuevo virey, encargó á don Iñigo de Contreras, embajador en Francia, que procurase encontrar un ingeniero distinguido á quien pudiesen encomendarse las obras del desagüe en Nueva España. El embajador escogió para aquella difícil comisión al ingeniero holandés Adrián Boot, que llegó á México por el mes de setiembre de 1614. Boot encontró en Nueva España un celoso colaborador en la empresa de declarar inútiles los trabajos ejecutados por Enrico Martín é ineficaz su proyecto de desagüe; fué ese colaborador Alonso Arias, de quien la envidia había hecho un enemigo irreconciliable para Enrico Martín. El marqués de Guadalcázar proveyó auto en 3 de octubre de 1614, disponiendo que Boot, el oidor Otalora y Enrico Martín visitasen las obras ejecutadas del desagüe, extendiendo cada uno su informe y parecer; Boot declaró que el canal de Huehuetoca era ineficaz, pero que debía conservársele sólo para recibir las aguas de Cuauhtitlán, y presentó un proyecto cuyo costo era de 185,900 pesos; Enrico Martín ofreció que con trescientos hombres y 100,000 pesos terminaría la obra haciendo salir por ella las aguas de Cuauhtitlán, que era el principal enemigo de México; terció el envidioso Arias contrariando á Enrico Martín y sosteniendo que el río de Cuauhtitlán no presentaba peligro alguno.

Encendióse la disputa, multiplicáronse las contradicciones, y por fin el proyecto de Boot fué desechado, adoptándose el de Enrico Martín; pero como el cosmógrafo ofrecía dar una fianza, que le fué exigida y no la presentó inmediatamente, se le redujo á prisión para compelerle á llenar ese requisito, y no salió de la cárcel hasta que dió seguridades de otorgar aquella acusación. El proyecto presentado por Enrico Martín se envió al monarca español, quien lo aprobó, y llegado á México el 3 de abril de 1616, se dió orden á Enrico para que continuase la obra, sin facultarle á gastar más de 110,000 pesos, cuya suma se reunió gravando con un impuesto el vino que entraba en la ciudad.

La arquería de Belém, que conduce á México el agua de Chapultepec, quedó terminada el año de 1620, habiendo tenido un costo de más de 150,000 pesos, siendo de éstos 125,000 prestados por don Baltasar Rodríguez de los Ríos, cuyos intereses y aun parte del capital pagaba á mediados de este siglo el ayuntamiento de México.

Largo tiempo hacía que los tepehuanes en la pro-

<sup>1</sup> Dice don Francisco Sosa, en su *Episcopado mexicano*, página 57, lo siguiente: «Esta fecha no concuerda con la inscripción puesta al pié del retrato del Sr. García Guerra. Al preferir la del texto, lo hacemos en virtud de haberla hallado en la *Historia de la provincia de Santiago*, por Fr. Alonso Franco, predicador general de la orden de Santo Domingo, mexicano de nacimiento; año de 1645. Nos merece más fe esta obra, que se conserva MS. en la biblioteca de nuestro apreciable amigo el Sr. Agreda, que el cuadro de la galería de la catedral.»

vincia de la Nueva Vizcaya se manifestaban dóciles y sumisos con los misioneros, aceptando las costumbres y aun el traje de los españoles y reuniéndose pacíficamente en los pueblos de San Ignacio, el Zape, Santa Catarina y Papatzquiario. Comerciabán con los vecinos de los reales y de las haciendas; servían en las minas y en los trabajos del campo, y habían levantado algunas iglesias notables por su aseo y elegancia. Además, tenían celebrada ya alianza con las tribus vecinas y nada indicaba que estuviesen disgustados con el gobierno y trato de los conquistadores.

La intolerancia de los religiosos que perseguían á los que entre los indios tenían fama de hechiceros, causa principal fué de la terrible sublevación de los tepehuanes, que tantas víctimas hizo entre los españoles, los mestizos, los negros y los mulatos.

Un indio viejo, conocido por hechicero y perseguido por los españoles, regaló un arco muy fuerte y muy adornado á uno de los principales tepehuanes, diciéndole que le había recibido de un gran señor que en diversas formas se le había presentado á ofrecerle que libertaría á los pueblos del yugo extranjero, dando muerte á los



Don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar

religiosos y á los españoles. Tras esto comenzaron á correr maravillosas consejas: hablábase de dos indios,

Facsímile de la firma de don Diego Fernández de Córdoba

Lucas y Sebastián, y una india Justina, á quienes había tragado la tierra porque no quisieron apartarse de la

religión de los cristianos, y de un muerto que se levantó de su sepulcro anunciando que el antiguo dios de los tepehuanes iba á volver sobre la tierra para ayudar á aquellas tribus á reconquistar su independencia.

Todo esto fué sublevando los ánimos de los tepehuanes, que tramaron una gran conspiración, de la que no pudieron aperebirse los españoles, porque la reserva es uno de los caracteres distintivos de la raza indígena.

Según se supo posteriormente, los conjurados debían dar el golpe el 21 de noviembre; pero apresurando su determinación, levantáronse en armas el 16 para aprovechar la llegada al pueblo de Santa Catarina de unas cargas de ropa, de las que pretendían apoderarse.

Así lo ejecutaron sacrificando los insurrectos al

padre Hernando de Tovar, jesuita, al padre Pedro Gutiérrez, franciscano, y á muchos españoles y mestizos, tanto en Santa Catarina como en la estancia de Atotonilco, escapando sólo de esa matanza Cristóbal Martínez de Hurdaide, hijo del capitán de Sinaloa, y un llamado Lucas Benítez. Atacaron los sublevados al mismo tiempo el pueblo de Guatimapí, aunque no lograron ocuparlo, y en Santiago doscientos sublevados atacaron la iglesia, en donde se habían refugiado algunos religiosos y los vecinos del pueblo. Los indios fingieron libre la salida de los sitiados; creyeron éstos en tal promesa, y abandonaron el templo; pero al encontrarse fuera de él, los tepehuanes les acometieron furiosamente, matando sin distinción hombres, mujeres y niños. Murieron allí los padres jesuitas Bernardo Cisneros y Diego de Orozco, y se salvaron seis españoles que encontraron un refuerzo que en socorro de ellos tardíamente conducía el capitán Martínez de Olivas.

En el pueblo de San Ignacio ó el Zape, el día 18 de noviembre los sublevados mataron diez y nueve españoles que habían ido á prevenir una fiesta, á cuatro misioneros que estaban allí con el mismo objeto y á más de sesenta negros. El 19 dieron muerte al padre Hernando de Santarén y quemaron las fincas de campo, las oficinas y las casas de las minas y todos cuantos edificios pertenecían á españoles ó mestizos.

Los xiximes comenzaron también á inquietarse al saber estas noticias, y el contagio cundió á los pueblos de Topia; sin embargo, el capitán Hurdaide logró cortar el fuego de la sedición.

El terror había cundido en todas las villas y reales españoles de Zacatecas y Nueva Vizcaya.

Llegaron á encontrarse espías de los sublevados dentro de Durango, y por fin, por las órdenes del virey y por lo grave del peligro, movióse el gobernador de la Nueva Vizcaya, don Gaspar de Alvear, con sesenta españoles y ciento veinte indios aliados rumbo á las minas de Guanaceví. Aquella expedición llegó al término de su viaje el 14 de enero de 1617, hallando en su camino los cadáveres del regidor de Guadiana, don Pedro Rendón, y del religioso dominico fray Sebastián Montaña. En Guanaceví, fuera de la iglesia, en donde se habían hecho fuertes los vecinos, todo lo demás había sido destruido ó devorado por las llamas. El gobernador mandó salir dos expediciones por distintos caminos, que debían reunirse en el pueblo del Zape; así lo hicieron, explorando el terreno, en el que hallaron multitud de cadáveres de los religiosos y de los demás vecinos de aquellas comarcas, y los tepehuanes huyeron retirándose por diversos rumbos. Por fin, después de algunas entradas en las que el gobernador anduvo más de doscientas leguas, incendiando pueblos, rancherías y sementeras; haciendo prisioneros á mujeres y á niños, quedó casi sometida si no pacificada la provincia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús*, lib. V.

En la provincia de Yucatán pocas alteraciones había sufrido la colonia: sucedíanse los gobernadores y capitanes generales sin registrar en la historia de su gobierno, después de las últimas invasiones piráticas, más que pequeños tumultos de poca importancia en algunas poblaciones ó pasajeras luchas entre los frailes y la autoridad civil. A principios del siglo XVII, en 1602, el capitán Ambrosio de Argüelles, vecino de Valladolid, salió del río Lagartos con una fragata y cuatro canoas á emprender la conquista de las tribus que habitaban al oeste de la bahía de la Ascensión.

Desde 1595 Argüelles había sido autorizado para aquella conquista; pero no pudo emprenderla hasta 1602. Salió la expedición el mes de febrero, y doblando apenas el cabo Catoche, encontróse con un corsario inglés que destruyó la flotilla, se apoderó de cuanto llevaba y abandonó á los españoles en una playa desierta.

Pero en estos días se presentaron en Campeche á fray Juan de Santa María, religioso franciscano, nueve indios como embajadores de las mismas tribus, cuya sumisión había intentado Argüelles, ofreciéndose de paz y pidiendo misioneros. El franciscano presentó aquellos enviados al gobernador don Diego Fernández de Velasco, y de acuerdo éste con el obispo y el provincial de San Francisco, enviaron tres misioneros á predicar el evangelio entre aquellos nuevos aliados <sup>1</sup>.

La península progresaba notablemente; sus gobernadores, el mariscal don Carlos de Luna y Arellano, don Antonio de Figueroa y don Francisco Ramírez Briseño, procuraron abrir caminos y dar seguridad á los mercaderes y vecinos, y los jesuitas llevaron á Mérida valioso contingente de progreso, fundando un colegio en esa ciudad, en 1618.

El establecimiento de ese colegio debióse principalmente al empeño del ayuntamiento de Mérida, que alcanzó del provincial de los jesuitas en México el nombramiento de los padres que debían ir á fundarlo, y consiguió que don Martín de Palomar diese para el establecimiento dos mil pesos en dinero y unas casas valiosas en cinco mil, cuya donación dejó Palomar en su testamento, otorgado el 31 de diciembre de 1611 ante el escribano Juan Bautista Rejón y Arias. Dió Felipe III licencia para la fundación del colegio en 1611; el provincial de los jesuitas, Nicolás de Arnaya, otorgó en febrero de 1618 poder al padre Tomás Domínguez para que tomase posesión de las casas del colegio; aprobó el obispo de Yucatán fray Gonzalo de Salazar, y el gobernador Francisco Ramírez de Briseño proveyó auto el 19 de mayo del mismo año mandando dar la posesión. Los jesuitas que entonces llegaron á Yucatán fueron los padres Tomás Domínguez, como superior, Francisco de Contreras y Melchor Maldonado, y el hermano Pedro Mena, coadjutor <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> ANCONA. — *Historia de Yucatán*, lib. IV, cap. I.

<sup>2</sup> ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús*, lib. V.

En las provincias de la Nueva Galicia, en 1617, hubo también otra sublevación de los naturales, que en gran número asaltaron el pueblo de Aconeta; los soldados y vecinos de la población se resistieron obstinadamente y quizá hubieran sucumbido, si un soldado apellidado Serna no hubiera capitaneado una vigorosa salida, haciendo huir á los sitiadores. Llególes después á los vecinos de Aconeta auxilio de Guadalajara que

obligó á los rebeldes á retirarse á las serranías, pero después que habían asolado el pueblo de Quiviquinta y algunos otros <sup>1</sup>.

Por ese tiempo comenzó á conocerse con el nombre de Nayarit un territorio que después se consideró como provincia y lindaba, por el oriente, con la Nueva Vizcaya y la Nueva Galicia; por el poniente, con Copala y Culhuacán; por el sur, con la jurisdicción de la audiencia



Felipe III

de Guadalajara, y por el norte, con las serranías de los taramaues <sup>1</sup>. Tomó el nombre de Nayarit aquella tierra, porque en 1513 el padre fray Miguel de Uránzú, habiendo entrado en las sierras de los Choras, como entonces se llamaba aquella parte de la Nueva España, encontró una gran muchedumbre de indios gobernados por un cacique tuerto que le dijo llamarse Nayarit; el misionero comenzó á llamar á aquellos lugares tierras de Nayarit, y poco á poco ese nombre fué generalizán-

<sup>1</sup> ALCEDO. — *Diccionario geográfico histórico de los Indias.*

dose hasta hacerse propio de la provincia. El cacique Nayarit se miró por los indios con mucha veneración, hasta tal grado, que en 1720 el marqués de Valero, para pacificar aquella serranía, mandó sacar de allí los huesos de Nayarit que con mucho respeto conservaban los indios, y haciéndoles traer á México, los mandó quemar públicamente en el brasero que tenía el tribunal de la Inquisición para sus ejecuciones.

El Nayarit fué llamado también Nuevo reino

<sup>1</sup> MOTA PADILLA. — *Historia de la Nueva Galicia*, cap. LIII.

de Toledo, pero este nombre no llegó á generalizarse <sup>1</sup>.

Durante el gobierno del marqués de Guadalcázar, fundáronse y se poblaron algunas nuevas villas. En 1613, en el valle de Toluca, la de Lerma, á la que se dió este nombre en honor del duque de Lerma, favorito del monarca español, concediéndose á la nueva población los privilegios de ciudad; en 1620, el mineral de Guadalcázar, llamado así por el título del virey y que fué cabeza de una provincia y alcaldía mayor en el obispado de Michoacán y que confinaba con el reino de León, con la provincia de San Luis de Potosí, con la jurisdicción de la villa de Valles y con la costa de Barlovento <sup>2</sup>. Se fundó también la villa de Córdoba, á la que se dió este nombre en honra del marqués de Guadalcázar, don Diego Fernández de Córdoba. Fueron

Facsimile de la firma de Felipe III

causa de esta fundación las depredaciones de los negros sublevados que en 1617 expedicionaban por Totulla Palmillas, Totolinga y Tumbacarretas, manteniendo en alarma los pueblos, asaltando á los mercaderes y pasajeros, y poniendo grandes obstáculos al comercio y á la real hacienda con interceptar el camino de Veracruz. Para poner remedio á estos males, don Juan de Miranda, don García de Arévalo, don Andrés de Illescas y don Diego Rodríguez, vecinos principales del pueblo de San Antonio Huatusco, obtuvieron del virey licencia para fundar una villa en la loma de Huilango. Formóse la lista de los nuevos vecinos, nombráronse cuatro regidores y éstos eligieron los dos alcaldes ordinarios, y se trazó la nueva villa, que se declaró fundada el 26 de abril del año de 1618.

Grandes terremotos é incendios afigieron á la colonia durante el gobierno del marqués de Guadalcázar: la ciudad de Veracruz perdió por un incendio la mayor parte de sus edificios. En la provincia de la Nueva Galicia, principalmente por Zapotlán, el volcán de

Colima con una de sus erupciones causó fuertes terremotos.

Volvió á preocupar por el año de 1615 el ánimo de los españoles la conquista y pacificación de la California. En 1610, el capitán Tomás de Cardona, hizo con Felipe III asiento y capitulación para el descubrimiento de la California, y mandó para Nueva España, como capitán y cabo de la expedición, á Francisco Basilio, que salió de Sanlúcar de Barrameda en 1603, reconociendo á su tránsito las islas americanas del Atlántico y las costas de Yucatán, Campeche, Tabasco y Veracruz, hasta llegar en 1614 á San Juan de Ulúa y de allí á México.

Murió en esa ciudad Francisco Basilio, y se nombró para sustituirle al capitán Nicolás de Cardona, sobrino de Tomás, el cual, con los poderes de los asentistas, se encargó del descubrimiento en unión del capitán Juan de Iturbe y del sargento Pedro Álvarez de Rosales <sup>1</sup>.

Con objeto de preparar lo necesario para aquella jornada, Cardona y sus compañeros, llevando consigo á su gente de mar y tierra, fueron á Acapulco y comenzaron inmediatamente á ocuparse de la construcción y aparejo de tres navíos; pero dispuestos ya para emprender la jornada, aparecieron por aquel mar cinco galeones holandeses en son de guerra. El virey envió órdenes á don Juan de Villela, alcalde mayor de Acapulco, para que pusiese aquel puerto en estado de defensa. Villela encargó la defensa á Cardona, y dos meses y medio estuvo éste con su gente fortificando el puerto y haciendo allí el servicio de guerra; por fin llegó de México en auxilio de la plaza el general don Melchor Fernández de Córdoba, y no teniéndose ya noticia del enemigo y quedando el puerto con buena guarda, tres navíos y una lancha que formaban la escuadrilla de Cardona se dieron á la vela el 21 de marzo de 1615, costeano y reconociendo las pequeñas islas que encontraban. Llegó Cardona hasta la península de California; tomó posesión de ella con gran solemnidad como si fuera una tierra nuevamente descubierta, y tras de haber recorrido las costas volvió la expedición á Mazatlán, en donde se separaron las embarcaciones, tomando Cardona la capitana y la lancha para encaminarse á Acapulco, y los otros dos bajeles Juan de Iturbe, para volver á California á proveerse de mantenimientos y dar parte de lo descubierto al monarca, al virey y á los asentistas. Cardona se encontró frente al puerto de Zacatula con los galeones holandeses que mandaba Jorge Spilberg <sup>2</sup>.

Los holandeses botaron al mar cinco lanchas que

<sup>1</sup> Documentos inéditos del Archivo de Indias, tomo IX, pág. 42. — Memorial del capitán Nicolás de Cardona al rey sobre sus descubrimientos y servicios en la California.

<sup>2</sup> Jorge Spilberg había salido con seis navíos de la compañía de Indias, de Celanda, el 8 de agosto de 1614; en marzo de 1615 pasó el estrecho de Magallanes. En las costas del Perú sostuvo un combate con seis galeones españoles, y después de lo acontecido con Cardona se dirigió á Terrenate y Java.

<sup>1</sup> MOTA PADILLA. — *Historia de la Nueva Galicia*, cap. LIII.

<sup>2</sup> ALCEDO. — *Diccionario geográfico histórico de las Indias*. — Según este autor comprendía la provincia de Guadalcázar los pueblos y ciudades siguientes: Tula (de Tamaulipas), Jaumave, Santa Rosa, Santa María, Santa Ana, La Laja, Palmillas, Santa Clara y el Valle del Maíz.

con poco trabajo se apoderaron del navío y la lancha de los españoles. Cardona y algunos soldados se arrojaron al agua y á nado consiguieron ganar la tierra; los frailes y demás hombres que no se atrevieron á tanto quedaron prisioneros de los holandeses, quienes se apoderaron de las muestras de metales y de las perlas que venían en la nave.

Jorge Spilberg entró con sus galeones y el navío prisionero en el puerto de Salagua <sup>1</sup> con objeto de proveerse de agua y víveres de refresco, y desembarcó parte de su gente á tiempo que el general Sebastián Vizcaíno llegaba á aquel mismo lugar con gente de guerra para impedir el desembarco de los holandeses <sup>2</sup>. Los españoles cargaron vigorosamente sobre los de Spilberg obligándoles á reembarcarse, haciéndoles varios muertos y cinco prisioneros, que llevados á México, refirieron al virey que el fin de aquella expedición holandesa era esperar las naos de Filipinas que venían para Acapulco y apoderarse de ellas.

Cardona volvió á México por tierra, y el virey le encargó por segunda vez la defensa de Acapulco, y la audiencia de Guadalajara embargó uno de los dos navíos que habían quedado con Juan de Iturbe, en cuyo navío salió por orden de la misma Audiencia Bartolomé Juarez de Villalva en busca de las naos de Filipinas, á darles aviso de cómo las esperaban los holandeses, y del rumbo que debían tomar para evitar ese peligro.

<sup>1</sup> Se daba este nombre y el de Colima al puerto de Manzanillo por la parte oriental de la bahía. — OROZCO Y BERRA. — *Apuntes para la historia de la geografía en Méjico*, pág. 102.

<sup>2</sup> Relación citada de Nicolás Cardona.

La nao llegó á Acapulco merced á tan oportuno aviso sin haber encontrado al enemigo, pero el navío de Nicolás de Cardona volvió al puerto completamente averiado y quedó otra vez más perdido el asiento de ocupar y poblar California.

En 1621 llegó al marqués de Guadalcázar, después de un gobierno de ocho años en la Nueva España, el nombramiento de virey del Perú en sustitución de don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, que había obtenido licencia del monarca para separarse de aquel vireinato y volver á España.

Salió de México para Acapulco el marqués de Guadalcázar el 14 de marzo de 1621, y como aún no llegaba la persona que debía sucederle, quedó gobernando en México la real Audiencia, formada del presidente, licenciado Paz de Vallecillo, y de los oidores doctor Galdos de Valencia, licenciado Pedro de Vergara Gabiria, doctor Diego de Avendaño y licenciado Juan de Ibarra.

La Audiencia gobernadora y el ayuntamiento de México recibieron cédula de Felipe IV participándoles la muerte de su padre Felipe III, acaecida el 31 de marzo. La Audiencia hizo pregonar los lutos en toda Nueva España y preparar la solemne jura del rey Felipe IV. Hiciéronse pomposas honras al difunto monarca; pero no llegó á celebrarse la jura de Felipe IV durante el gobierno de la Audiencia; porque en esa sazón llegó á México don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves y conde de Priego, nombrado virey de Nueva España.